

número mejor de aquella temporada de festejos. El salón del trono, improvisado en el viejo Palacio de María de Médicis, era encantador: las innumerables damas vestidas de colores brillantísimos, los mil espejos en que se reflejaban bustos y espaldas, los tapices severos é imponentes, el huertecillo colocado en el centro, de donde manaban en abundancia aguas vivas y un torrente de dulcísimas armonías; el dosel rojo sembrado de abejas de oro, las grandes águilas que sostenían el trono, todo, en fin, era para producir el embebecimiento hasta en gentes que hubieran visto más que yo.

Cuando los Emperadores entraron al salón, todos nos olvidamos de la etiqueta para verles: hubo muchos achuchones, muchos gritos, muchos trajes rotos y mucho desorden; pero todos pudimos ver á Napoleón y á Eugenia cuando bailaron el rigodón de honor, la una con Mr. Billault, presidente del Senado, y el otro con la mujer de aquél.



## CAPITULO II

## Mexicanos en Paris y parisienses en México

**E**NERO 20 de 1861.

Seis meses cabales era mayor que yo mi amiga íntima Paquita Agüero, hija de don Francisco y de doña Antonia González Echeverría. Recuerdo haber conocido en mi niñez á don José y á don Angel González, hermanos de la señora, ricos banqueros y amigos íntimos de mi casa. Eran rubios como unas candelas, altos, bien formados, de fisonomías hermosas y nobles. Antoñita había sido una de las damas más bellas de Veracruz, y Paquita, mi amiga, poseía la gracia, la hermosura y la bondad de su madre. Era de pequeña estatura, blanca, pálida, de grandes ojos negros y de mirada lánguida.

El 47, pocos días después del nacimiento de mi Euge-



nia, murió don Francisco, y la viuda dispuso ir á vivir á París, tomando en arrendamiento un precioso hotelito de la calle de Richelieu. Nadie puede figurarse el placer que sentí en volver á ver á aquella hermosa y querida amiga de mi infancia. Como nuestras habitaciones eran cercanas, pasaba la mayor parte de mis horas con Paquita, á cuyas tertulias concurrían las Rubios, Errazus, Valles, Urribárrenes, Iturrigarayes, Valdiviosos, O'Brien y todo lo mejor de nuestra tierra y de la colonia hispano-americana.

Al hablar de colonia hispano-americana no quiero decir que sólo ocurriera *rue Richelieu* esa gente *interlope* que forma los detritos de la gran ciudad. La colonia hispano-americana en París está formada de gentes honorabilísimas: diplomáticos, capitalistas, algunas veces emigrados políticos, pocos literatos y artistas, que viajan por recreación. A las fiestas que da la colonia, suelen asistir diplomáticos extranjeros, dignatarios del imperio y hasta nobles del arrabal de San Germán, de esos que visitan á Enrique V en Frohsdhorff y traen consigo cartas patentes en que el Rey (así, con mayúscula) alienta á sus fieles y les da las gracias por su constancia.

El palacete de las Agüeros es hermosísimo: los techos están pintados al estilo de Boucher, menos el del salón de baile, que es todo blanco; los muros están revestidos de riquísimas sedas, exceptuando los del gran salón, que tienen enormes espejos por todo adorno; en las salas no

hay nada chillón, ni ostentoso, ni ridículo; estatuetas, vasos elegantísimos, porcelanas, monedas y medallas, encerrados en caprichosas vitrinas; y ni uno solo de esos ídolos macabros, de esas flechas, de esas macanas y de esas mantas que como recuerdo de la tierra, tienen las familias de procedencia americana. En el comedor, que es muy amplio, hay encerrada mucha y bien cincelada plata en anaqueles protegidos con cristales, y en un invernadero esbelto y delicado, como la arquitectura morisca, con arreglo á cuyos cánones está hecho, multitud de flores hermosísimas, evónimos y plantas de adorno. Allí evocan la memoria del país, una soberbia colección de cacteos y otra de ninfeas prodigiosamente lozanas y frescas, siendo quizás lo único indígena que haya obtenido asilo en el hotel.

El 12 de Diciembre celebrábamos anualmente en la iglesia de la-Magdalena la fiesta de nuestra patrona nacional, la Virgen de Guadalupe. En una de esas fiestas conocí á Olaguíbel, á Almonte, á Lafragua, á don Tomás Murphy, á don Ignacio Valdivielso, á don José Ramón Pacheco, á don Rómulo Díaz de la Vega, á don Antonio de Haro, y á otros mexicanos de menos importancia. No parecía sino que en aquel lugar se daban cita los representantes de todas las ideas, de todas las tendencias y de todos los credos; pero no para contradecirse, sino para armonizarse y ponerse de acuerdo. Sobre todo, ministros,



diplomáticos los había de todos matices, como si de propósito se hubieran ido aglomerando para utilizarse á la hora en que se les llamara de nuevo á servicio. Cada uno de esos hombres que se inclinaban tan devotamente al oír la campanilla que les llamaba á la contemplación, simbolizaba una época ó una peripecia de la historia mexicana: éste, los préstamos onerosísimos al gobierno; aquél, la dictadura de Santa Anna; esotro, las disputas con España; el de mas allá la lucha con los americanos; y el otro las pretensiones del clero ó las aspiraciones de los rojos ó cualquiera de tantos matices como hay y ha habido en nuestra patria.

Por la noche hubo gran sarao en casa de las Agüeros. Ese día se participaba oficialmente á las amistades de la casa el próximo matrimonio de Paquita con don Juan Prim, conde de Reus, general español de grandísimo mérito y todavía de mayores esperanzas. Se había anunciado que asistirían Sus Majestades, que deseaban manifestar su complacencia por aquella boda, y al husmo de la real visita ocurrieron casi todas las relaciones de la familia, de manera que la casa se hallaba de bote en bote. Lafra-gua, Almonte, Julio Arboleda, el poeta neogranadino, las familias de los duques de Rivas y de Medinaceli, las Errazus y muchísimos nobles del auténtico *faubourg*, llenaban desde muy temprano los salones.

Sabido es, porque eso lo han dicho de sobra los periód-

dicos, que el Imperio tiende á *desbonapartizarse*, pues el Emperador que, según dicen, no está seguro de ser sobrino de su tío, sí está completamente satisfecho de descender



de la reina Hortensia; de manera que hace gala de ser Beauharnais ó más bien Tascher La Pagerie, que Bonaparte. Por eso anunció en su alocución al Senado, que deseaba que su mujer se pareciera ¡en lo virtuosa! á la emperatriz Josefina y ha emprendido la tarea de rehabilitar á su abuela presentándola como la más ejemplar, honrada, económica y desgraciada de las reinas. Así,



pues, la tonadilla *En partant pour la Syrie*, favorita de la criolla, se toca de preferencia á todos los aires que guiaron á la victoria al gran ejército.

Luego que la música preludió la piececita, nos pusimos en fila hombres y mujeres para hacer acatamiento á los jefes del Estado. Napoleón es tal como le pintan los retratos; pero tiene el busto demasiado grueso para lo débil y corto de las piernas que le sustentan. Las líneas del rostro son de una inmovilidad desesperante; mas no así los ojillos claros, que revelan una vida interna siempre á altísima tensión. Napoleón *no se da importancia*, como decimos aquí. Es sencillote, bondadoso, gusta de alternar con todo el mundo y hasta suele gastar bromas y chanzonetas. Saludó con la cabeza á todos los presentes, se detuvo á felicitar á los novios y avanzó hasta el medio del salón con los guantes en la mano, con aspecto distraído y soñador.

La Emperatriz saludó en redondo, con un gesto tan señorial, con una inclinación de cabeza tan suya, que no he visto repetirla á nadie, aunque sí imitarla, á muchas gentes. Eugenia iba vestida con un traje de tul blanco, y su busto y su cabeza emergían de la muchedumbre de encajes como de una nube. En la cabeliera dorada llevaba una corona de violetas de Parma y una pequeñísima diadema con brillantes muy ricos. Los ojos de la Emperatriz son azules y tienen tal expresión de candor, de inocencia

y de bondad, que vencen y enajenan. La frente es recta; la nariz, delgada en la base, tiene aletas movibles y finísimas; la boca es muy pequeña; los dientes blanquísimos, parejos y brillantes; la barba completa con una curva encantadora, el óvalo admirable de la cara; la tez del rostro es blanquísima y teñida apenas por un leve rosicler; el cuello recto, alto, firme y surcado por tenues venas azuladas que recuerdan la sangre noble española, se asienta naturalmente sobre un busto fuerte y bien delineado. Las manos y los pies son tan pequeños, que sus guantes y su calzado sólo sirven para niños de diez ó doce años. El cuerpo es delgado; pero no como los que ahora se usan, sino bien puesto y firme, descendiendo la línea del pecho y las caderas rítmica y naturalmente. Su estatura es algo más que mediana, casi tan alta como la de su marido; pero exquisitamente proporcionada. Dicen que su única habilidad consiste en ser hermosa; pues las ingeniosísimas cartas con que logró trastornar el seso á Napoleón III, son obra de Mérimée. Quizás sea así; pero con la sola belleza habría bastado para promover una nueva guerra de Troya.

No hay retratos de la Emperatriz que den idea de su hermosura positivamente regia. El famoso de Narithalter, *La Emperatriz rodeada de sus damas de honor*, en que Eugenia viene á ser el broche de un gran brazalete formado por las mujeres más bellas de la corte, es un cuadro



de invención, más que un retrato. El otro que se encuentra en las prefecturas y oficinas públicas, representa á una Emperatriz seca y fría, que nadie ha conocido. Algo se acerca á la verdad el busto tallado por Nieuwerkerke, que circuló pocos días después del matrimonio.

La señora Agüero me presentó á la Emperatriz, y ella me dijo en francés:

— Ah, madame Jecker; ya os conocía por la reputación de belleza que gozáis.

Y como yo me inclinara, añadió en español:

— Os llaman la *Bella mexicana*, y encuentro que el nombre os cuadra á maravilla... Debe de haber muchas hermosuras en México, pues todas las mujeres que conozco de ese remoto país, son deliciosas... testigo la bellísima novia, que pronto será esposa de mi valiente compatriota Prim.

Y luego, volviéndose á la señora Rubio:

— ¿Sabéis que soy un poco, un poquito mexicana? Tengo en mis venas sangre de Montezuma, vuestro último Emperador. Desciendo de doña Leonor Montezuma, casada con un Guzmán...

La Emperatriz habla el francés y el español con ligero acento inglés, arrastrando las erres y con cierto reposo que le cae admirablemente.

Tres meses después fuimos á Compiègne, donde Nelly Errazu persiguió al ciervo en el bosque por espacio de más

de siete leguas, matando al animal de un tiro y granjeándose la pata, que el Emperador le regaló con grandes muestras de admiración á la destreza de la cazadora.

Más tarde encontré á Eugenia en Biarritz, y fuí recibida con el cariño de la primera vez. Entonces... Pero basta ya de referir grandezas. Esta serie de recuerdos me parece como si los viejos trirremes que hay en los museos de arqueología naval hablaran de los tiempos en que, alígeros y gallardos, recorrían el Océano con sus remos de sándalo, su proa de marfil, sus velas de púrpura y sus flautistas que encantaban tritones y nereidas, para olvidar el tiempo que les consume y les abate, y el infortunio que les tiene abandonados.

.....

A fines del año pasado supimos que la casa de México andaba muy mal. Se había realizado no sé qué maldito negocio en que, mediante la entrega de quinientos mil pesos, debían recibirse quince millones; y como el gobierno conservador cayó, y el liberal no reconoce la deuda, y como Juan Bautista, mi cuñado, está dispuesto á todo menos á dejar perder ese inmenso caudal, ya se ha presentado en quiebra y gestiona se le paguen esos cuartos, no sé por quién, ni cómo.

Mi marido, que si no tenía llena de fósforo la cabeza para discurrir, tampoco llevaba blindado el corazón para soportar las desgracias, se espantó con aquella catástrofe



inesperada. Veía su casa por el suelo, mi fortuna perdida para siempre, comprometido el porvenir de nuestra Eugenia y la miseria y la desolación como única perspectiva. Y entonces le vino tal pasión de ánimo, tal tristeza, que murió en unos cuantos días. Mi cuñada, la mujer del consejero Elssesser, vino desde Ginebra con objeto de prestarme el auxilio de su compañía; me ayudó á vender lo que me quedaba, se comprometió á obtener de Juan Bautista una pensión que sirviera para mis necesidades más urgentes, y por fin me embarcó en el Havre en unión de mi inocente hija, que, niña y todo, ya es capaz de darse cuenta de las desgracias que ha sufrido y de las que la esperan.

Al llegar á mi tierra, me encontré juntamente la miseria y el dolor dentro de mi casa, y la desolación y la muerte fuera de ella. Esta gentuza liberalesca que se ha apoderado de la cosa pública, si no mereciera mi odio porque me ha arruinado, merecería mi desprecio por lo vil, ignorante y sucia. No he visto nada más feo que la canalla, nada más repulsivo que el populacho que quiere hacer de persona. Estos *suidadanos* que se hacen mutuamente ceremonias y genuflexiones; estos indios ó mestizos que juegan á los ministros, á los generales ó á los diplomáticos, estos demócratas que fingen despreciar ó desprecian realmente los pocos elementos de orden y de moralidad que hay en el país, á causa de que son aristócratas, apare-

cen para mí la prueba patente de que esta sociedad se acaba, se desquicia, se desmorona...

Y lo más triste es que yo empiezo también á ser canalla, á ser *pueblo*, quiéralo ó no. Casi me tengo asco á mi misma, que es lo más horrible que pueda pasar á una persona.

En este caserón hay familias que, sin saber quién soy ni de dónde vengo, por verme sola, triste y enlutada, se me han acercado con objeto de consolarme. *Génie* (como llamo á la niña en recuerdo del *petit nom* con que menciona Napoleón III á su mujer), al fin pequeña, ha intimado con dos muchachos que viven en la habitación vecina, y el otro día, sin más preámbulos, tuve la sorpresa de recibir la invitación que para ir á comer á su casa me hacía el licenciado don Germán Caballero de los Olivos, padre de los chicos.

«Será otro sujeto venido á menos y que desea relacionarse con gentes de su clase. Quizás haya averiguado mi nombre y mi condición y quiera lamentarse conmigo de sus desgracias.»

¡Dios mío, qué desilusión!

Empecé preguntando á mi anfitrión, si por acaso descendía de la familia Caballero de los Olivos, que tiene por armas un escudo cortado y medio partido: primero de oro con dos olivos; segundo de gules, un brazo armado empuñando una espada; tercero de azur, tres fajas de oro y por



timbre un casco de caballero... El buen hombre me miró con desconfianza, como si le hubiera interrogado por los procedimientos que se siguieran en China para empalar á los mandarines rebeldes, en vez de hablarle de los que estatuye la Novísima Recopilación para ahorcar á los facinerosos.

— Sí, insistí yo; la ejecutoria de nobleza se expidió en Granada á fines del siglo XVI, en favor de don Alonso Caballero de los Olivos y Briseño, oriundo de Jerez de la Frontera, casado con doña Luisa Moreno de los Ríos y Dávila... Quizás usted no recordará esas cosas, porque había la particularidad de que la familia se llamara Prieto de Bonilla, porque así lo disponía la constitución de un mayorazgo de que gozaba; pero nada menos Lola Caballero de los Olivos, mujer de don Andrés Suárez Peredo, padre de don Agustín, que vive en la casa de los azulejos, es ó debe de ser parienta de usted, ya que tiene su apellido...

— Señora, declaró lleno de mortificación el pobre licenciado; no sé una jota de cuanto me dice usted... Yo, por chanza, me decía noble basándome en que mi madre, que era recamarera de la casa de los Cervantes, se apellidaba Velasco... Y ya usted sabe:

Antes que Dios fuera Dios

Y los peñascos peñascos,



Los Quiroz eran Quiroz  
Y los Velascos Velascos.

En cuanto á mi padre, que fué un honradísimo tendero del barrio de la Concepción, no sé que haya tenido nunca títulos, ni ejecutorias, ni escudos de armas, ni empresas, ni timbres, ni motes; por lo cual imagino que este apellido mío, que tanto ha llamado la atención de usted, debe de tener un origen menos alto: quizá lo hayan tomado mis abuelos por ser criados, dependientes ó esclavos de esa casa hidalga... quizás sea una de tantas combinaciones de nombres que se dan á veces... quizás tenga un origen menos puro y provenga de mancebía ó abarraganamiento... En fin, no sé...

Me reí tomando el chasco por buen lado, cuando nos llamaron á comer. La buena doña Lorenza, la mujer del licenciado, no ha de haber sido despreciable en sus buenos abriles; pero ahora ¡qué mal se encuentra! Es gorda, colorada como un pimiento, atareada como una máquina de vapor y vulgar y tonta como una carpa. Sin embargo, don Germán la mira con un cariño tan grande y está tan orgulloso de ella que no parece sino que es la infanta Micomicona resucitada. Los muchachos, Miguel y Pancho, son simpáticos, y modositos, y quizás con un poco de pulimento resultarían menos bestias de lo que ahora parecen. Miguel tiene diez y ocho años y ya se gana men-

Tomo I.—12



Me reí tomando el chasco por buen lado...



sualmente sus cuarenta duretes en el Ministerio de Hacienda. Pancho estudia en San Ildefonso, y quiere ser abogado como el padre.

Decía, pues, que nos llamaron á la mesa. Al principio reinó el encogimiento más grande en la reunión, pues chicos y grandes querían parecer gente fina y no desentonar. A poco, cuando todos empezaron á dar en el blanco, la alegría empezó á difundirse, aunque sin faltar en nada á la corrección. Procuraba con todas mis fuerzas desentenderme de que aquellas excelentes personas sorbían la sopa como si sus labios hubieran sido una tromba, de que se introducían á la boca el cuchillo, de que mascaban ruidosamente, de que se metían las servilletas entre el pellejo y la camisa y de que hacían cualquiera de esas cosas que hieren de muerte á los acostumbrados á la buena *compañía*. Eran los *castellanos viejos* de Larra; así de ingenuos, de candorosos y de bonachones, pero así de ordinarios y de poca cosa.

La niña casi nada comía. El chile la abrasaba, el pulque le parecía fétido y sin sabor, las tortillas le daban asco. Y allí eran los apuros de mi doña Lorenza, que mandaba quitar el mole lavando en caldo la pieza, que sacaba en vez de pulque un vinillo torcido, y que mandaba á toda prisa á la panadería cercana por una *telerita* chica, que resultaba dura y sin aplicación gastronómica posible...

A las tres concluyó aquel martirio, y regresé á mi casa para lamentarme de que el estudio que he hecho de los linajes, las cosas y las personas de México, de nada pueda aprovecharme, pues los pobretes como el licenciado Caballero se ríen de esas cosas, y los ricos, mis parientes y allegados, no me ven, ni me escuchan, ni se ocupan en mí.

